

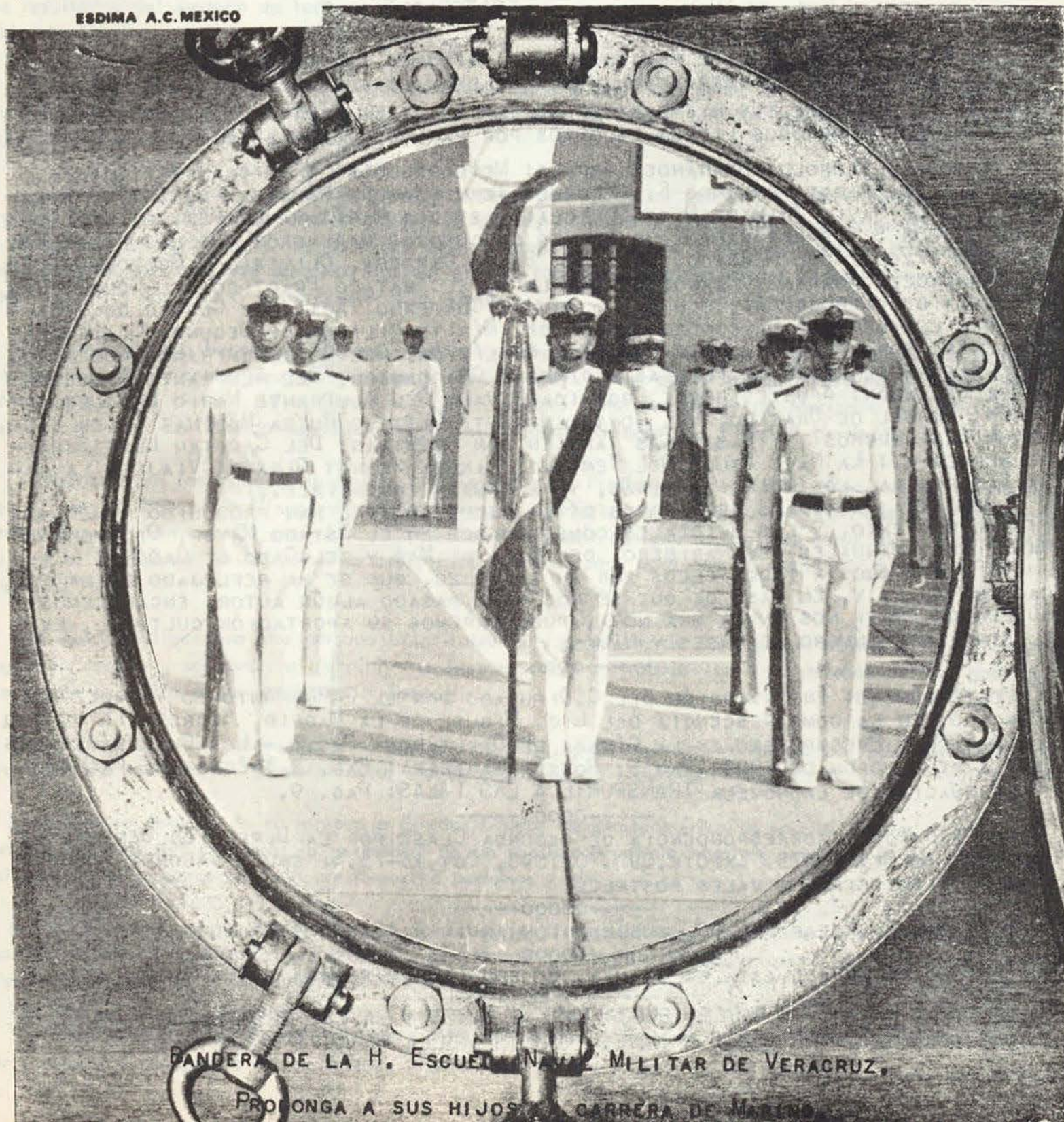
MARES Y NAVES

SEGUNDA EPOCA.



EL INFORMADOR MARINERO. TIRO: 2000. No. 17. MAYO 1980.

ESDIMA A.C.MEXICO



BANDERA DE LA H. ESCUELA NAVAL MILITAR DE VERACRUZ,

PROPONGA A SUS HIJOS LA CARRERA DE MARINERO.



ESDIMA A.C. MEXICO

SEGUNDA EPOCA DE:

Mares y Naves

Director:

CAP. MANUEL PEYROT GIRARD.

CONSEJO DIRECTIVO: ANTONIO VÁZQUEZ DEL MERCADO,
ANTONIO J. AZNAR ZETINA, VICENTE VÁZQUEZ PÉREZ.
FELIPE ROSAS ISAÍAS; AROLD O ALEJANDRE UÍAZ.

EDITORIAL.

EN ESTE MES DE MAYO SE FESTEJA A LOS MAESTROS, A QUIENES DEBEMOS EL MÁXIMO ESFUERZO PARA LA CONSERVACIÓN Y AVANCE DE LA CIENCIA. EN LA ARMADA DE MÉXICO EL ESFUERZO DE SUS MIEMBROS EN BENEFICIO DE LA NÁUTICA HA SIDO IMPORTANTE. ENTRE LOS NUMEROSOS LIBROS ESCRITOS POR MARINOS, SEÑALAREMOS:

DEL COMODORO LEOPOLDO HERNÁNDEZ ACEVES: METEOROLOGÍA NÁUTICA Y ARTILLERÍA. DEL CAP. DE FRAGATA ARMANDO F. ASCORVE: TERMINOLOGÍA NÁUTICA INGLÉS ESPAÑOL. DEL CAP. DE NAVÍO JUAN DE DIOS BONILLA: HISTORIA MARÍTIMA DE MÉXICO. DEL COMODORO CARLOS S. FERRER VARIOS VOLÚMENES DE CUENTOS MARINEROS. DE LOS TENIENTES ANTONIO VÁZQUEZ DEL MERCADO, LUIS M. BRAVO CARRERA, OLIVERIO F. OROZCO, GUILLERMO HERNÁNDEZ SAGARRA Y FRANCISCO DÁVILA R, EL TRATADO PRÁCTICO DEL COMPÁS MAGNÉTICO Y DEL GIROCOMPÁS; DEL MISMO GRUPO: CUADERNO TÁCTICO Y CÓDIGO DE SEÑALES QUE LES MERECIÓ LA CONDECORACIÓN DEL MÉRITO MILITAR DE SEGUNDA CLASE; DEL TENIENTE PEDRO F. MONTEJO S.: MECÁNICA ANALÍTICA, DEL CONTRALMIRANTE RUBÉN MONTEJO SIERRA EL LIBRO DE POESÍAS MARINERAS GUARDACABO; DEL ALMIRANTE HUMBERTO URIBE ESCANDÓN: APUNTES SOBRE ORGÁNICA NAVAL; DEL ALMIRANTE MARIO LAVALLE ARGUDÍN: MANUAL DE DRAGADO, DEL CONTRALMIRANTE GUSTAVO RUEDA MEDINA: QUIEN TIENE UN SACACORCHOS?; Y LAS ISLAS TAMBIÉN SON NUESTRAS; DEL CAPITÁN LUIS SCHAUFELBERGER C.: LA NAVE AZUL; DEL TENIENTE MANUEL PEYROT GIRARD: VIAJE A LA BAJA CALIFORNIA, LOS GUARDIAMARINAS, Y LA ARMADA INVENCIBLE..

POR OTRA PARTE LOS PROFESORES DE LA ESCUELA NAVAL HAN PRODUCIDO NUMEROSOS LIBROS DE TEXTO, Y LOS OFICIALES COMISIONADOS EN EL ESTADO MAYOR, DICCIONARIO MARÍTIMO Y MANUALES DEL MARINERO, DEL CABO DE MAR Y DEL CABO DE CAÑÓN.

FELICITAMOS A TODOS ELLOS POR SU ESFUERZO, QUE SE HA REFLEJADO EN LA EDUCACIÓN NAVAL, Y, EN CASO DE QUE SE NOS HAYA PASADO ALGÚN AUTOR, ENCARECEMOS SU PERDÓN, Y SI NOS ENVÍA UNA NOTA, PUBLICAREMOS SU APORTACIÓN CULTURAL, EN EL SIGUIENTE NÚMERO DE MARES Y NAVES.

-----00000-----

EN ESTE NÚMERO: INTERVENCIÓN DEL C. DIPUTADO POR EL PARM, ANTONIO VÁZQUEZ DEL MERCADO, EN LA COMPARESCENCIA DEL LIC. MIGUEL DE LA MADRID, SECRETARIO DE PROGRAMACIÓN Y PRESUPUESTO EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS: PAG. 1.- LOS GUARDIAMARINAS EN LA REVOLUCIÓN DE 1929: PAG. 5. POESÍA MARINERA: PAG. 3. ANÉCDOTAS, PAG. 4, - CONTINUACIÓN DE LA NOVELA TRANSPORTE A LAS ISLAS: PAG. 9.

-----00000-----

AUTORIZADA COMO CORRESPONDENCIA DE SEGUNDA CLASE POR LA DIRECCIÓN GENERAL DE CORREOS EN Of. 35475. EXPDTE. 091.70/1090, OCT. 15-73. SI ENVÍA VALORES POR CORREO UTILICE GIROS O VALES POSTALES.

-----00000-----

PRECIO DEL EJEMPLAR \$ 5.00, SUSCRIPCIÓN ANUAL \$ 45.00. ATRASADOS \$ 15.00..

-----00000-----

EL FUTURO DE MÉXICO ESTÁ EN EL MAR. DE EDUCACIÓN MARINERA A SUS HIJOS.

-----00000-----

SUSCRÍBASE A MARES Y NAVES. SUSCRÍBASE A MARES Y NAVES. SUSCRÍBASE A MARES Y NAVES. SUSCRÍBASE A MARES Y NAVES.

INTERVENCION DEL C. DIPUTADO POR EL PARM, ANTONIO VAZQUEZ DEL MERCADO
EN LA COMPARESCENCIA DEL Lic. MIGUEL DE LA MADRID, SECRETARIO DE PROGRAMACION Y PRESUPUESTO.

C. Licenciado
MIGUEL DE LA MADRID,
Secretario de Programación y Presupuesto.

C. Secretario: Por delegación está usted al frente de la Secretaría de Estado que a mi juicio es la más importante, ya que bajo la dirección del C. Presidente de la República, se encuentra a cargo de la consolidación de todos los esfuerzos nacionales, conduciéndolos adecuadamente para obtener los mejores resultados del empeño de todo mexicano, para a su vez, revertir los resultados en beneficio del pueblo de México.

Su presencia en éste recinto, indudablemente servirá para enterarnos de todo lo que se está haciendo y de lo que se ha proyectado hacer, aún cuando ésto lo será a grandes zancadas (si cabe la expresión), debido a lo limitado del tiempo.

La intervención del que ésto expone en representación de mi partido: El Auténtico de la Revolución Mexicana, constituye una mezcla de interrogante, consulta y sugestión en cuyo preámbulo tiene que reconocer que la mayoría de los males que nos aquejan se debe a nuestra falta de educación y orientación, por más que nos queramos escudar en que todas nuestras desgracias se las debemos a los vecinos, o a otros factores o sectores ajenos a nosotros.

No me propongo hacer resaltar aquí todos nuestros defectos y sólo me referiré a algo que sucedió hace algunos años, tantos como 39(días más, días menos). Tomó posesión como Presidente de la República Mexicana, Don Manuel Avila Camacho, quien nombró como Secretario de Marina a un viejo constituyente y ex Jefe del Partido Revolucionario Institucional: General de División Heriberto Jara Corona.

Gobernaba en los Estados Unidos de Norteamérica el Presidente Franklin D. Roosevelt, quien tuvo en su primer período como Vicepresidente a Henry A. Wallace, y habiendo sido invitado a la ceremonia de toma de posesión del General Avila Camacho; Roosevelt designó a Wallace como su representante; a su vez el Presidente Avila Camacho designó al General Jara para que lo atendiera durante su estancia en nuestro País.

Este señor Wallace era una persona bien instruida y práctica; de ésas que se quitan el saco, se arremangan la camisa y se ponen a trabajar o a enseñar como se trabaja. Era una persona echada para delante (como se decía en la jerga de la época).

Era amigo de muchos mexicanos y era correspondido, pues demostraba interés por nuestros problemas y era además, como el C. General Jara, de la coalición de izquierda.

Poco tiempo después de su regreso a Estados Unidos de Norteamérica se suscitó lo que todavía está de moda, a pesar del petróleo: la necesidad de un préstamo; porque nosotros para ésto somos como lo señala un anuncio comercial: sin préstamos no podemos vivir.

A una consulta que le hicieron en su carácter de Vicepresidente, respecto a la conveniencia de otorgar el préstamo, su opinión fue adversa. Extrañados los propios norteamericanos por su actitud, que desdeñaba en mucho de su amistad hacia los mexicanos, contestó:

"Para el renglón de que se trata hay dinero suficiente en México; pero a los mexicanos les gusta pedir prestado y nos pagan 4% de interés (hablo de 1940) y éllos a su vez lo prestan a sus nacionales

al 8 o 9%; así es que honestamente hacen buen negocio con dinero ajeno, mientras aquí nosotros nos tenemos que fajar mucho para obtener ese 4%."

Lo anterior viene a referencia por que ese afán de lucro, de ser ventajosos, se ha generalizado y aumentado mucho en la mayoría de las actividades comerciales y financieras en nuestro país; y así nos lo hacen saber en forma alarmante, distinguidos columnistas de nuestros diarios.

Lo que pudiera parecer estribillo de que los mexicanos estamos divididos en dos grandes grupos, los que diariamente se hacen mas ricos y los que diariamente nos vamos haciendo mas pobres, se ha convertido en una lacerante realidad.

En efecto; basta hojear los diarios y nos encontramos con ésta clase de noticias: El señor Horacio Quiñones, cita Inter Gamma de México, la cual afirma que "Habiendo estudiado 25 - empresas radicadas en México, grandes y medianas, nacionales y transnacionales, encontró que en 1978 aumentaron sus utilidades en un 48.4% respecto a las de 1977".

Otro prestigiado columnista agrega que Inter Gamma no se ha de haber empeñado a fondo en su estudio, ya que son centenares las empresas cuyas utilidades reciben ese porcentaje de ganancias: Aseguradora Mexicana S.A. con un capital pagado de 124.4 millones de pesos, registró en 1978 una utilidad de 124.3 millones de pesos, equivalente al 99.2% de su capital. Seguros Bancomer, sobre un capital de 150 millones de pesos, registró en 1978 utilidades de 102.5 millones de pesos; equivalente al 68.3%. Y se trata de utilidades netas, descontados ya los impuestos y el 8% correspondiente a los trabajadores.

Esta situación se ha señalado como alarmante y no pudo pasar desapercibida al Congreso del Trabajo el que a su vez ha afirmado que en comparación a 1977, las empresas obtuvieron en 1978, utilidades que fluctuaron entre 37.1% y el 117.6%.

El mismo organismo indicó que según estudios de sus técnicos, hubo empresas comerciales, como Au-rerá, que el año pasado obtuvieron ganancias por 125 millones de pesos sobre las ganancias del año anterior; en tanto que en el sector industrial por ejemplo, el grupo Alfa y subsidiarias, incrementaron sus ingresos en 725 millones de pesos, en comparación con el año de 1977.

En el área de la banca, dijo el Congreso que Banamex, Bancomer y Serfín, lograron 574 millones, 625 millones y 76 millones de pesos mas que en 1977.

En contraste señaló que durante 1978, el poder adquisitivo del salario se redujo en 14%. Casos como éstos son numerosos.

Señor Secretario: Mi partido ve con angustia ésta situación, pues además de su gravedad, se reconoce no es estática, sino que se deteriorará mas aún, con el tiempo.

Es interés de mi partido saber que medidas se proyectan tomar, para corregir ésta situación que va colocando a la mayoría de los mexicanos en situación de una pobreza mayor diariamente y por otra parte, si no sería conveniente que dado que la Secretaría a su digno cargo se encuentra dotada de personal altamente calificado, lo cual incluye a usted en unión de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público y la Secretaría de Comercio, buscara una fórmula que hiciera frente a ésta situación.

No es que se trate de coartar libertades, pero sí se considera prudente formar una Comisión de Estudio que analice la situación y obtenga como fruto de su trabajo, una fórmula que permita ir al auxilio del grupo mas desamparado de nuestra población.

Considero ésto como una ardua labor, pues también hay que educar al consumidor a fin de que ad-

ministro mejor sus ingresos y sólo adquiriera lo que realmente le es necesario; pero en fin, éstos puntos ya serán pasos ulteriores de una política de defensa para la población mas necesitada.

De lo expuesto es lógico suponer que ya tienen conocimiento de éllo las autoridades correspondientes y por lo tanto, surgen las interrogantes siguientes:

- A.- Es correcto el que las empresas obtengan tan altos porcentajes de utilidad?
 B.- Si no es correcto, que disposiciones se han dictado para corregirlo?
 C.- El elevado porcentaje de las utilidades incide adversamente en el costo de la vida?
 D.- Este fenómeno es internacional, es decir, se presenta con igual intensidad en los países altamente desarrollados?. En caso afirmativo, no se establecen controles?
 E.- Existen normas para fijar el límite de las utilidades?. Pueden establecerse en nuestro País?.

México, D.F., a 30 de noviembre de 1979.

MEXICO MARINO,

JUAN J. PINTO ZEPEDA,

MÉXICO, MARINO ERES, PORQUE
 EL DESTINO TE FORMÓ ENTRE MARES,
 ARRULLARON TU CUNA LOS OCÉANOS
 Y VIÉRONTE CRECER ENTRE SUS LARES.

EL PACÍFICO EN TUS HOMBROS SE RECLINA
 A TOMAR ALIENTO DE SU LARGO VIAJE,
 RENOVADOS BRÍOS Y VIRIL CORAJE,
 RUTA DEL SOL NACIENTE Y LA NAO DE CHINA.

TU VIENTRE POR UN GOLFO SOCAVADO,
 FLEXIONA TU CINTURA DE HUASTECA,
 CIMBRANDO TU CADERA JUCHITECA
 Y TUS PLANTAS, YUCATÁN, EN ZAPATEADO.

NAVE CAPITANA DE UNA AMÉRICA CRECIENTE,
 VIGÍA DE LOS DERECHOS QUE TE SON SAGRADOS,
 QUE POR JUÁREZ FUERON PROPALADOS
 EN EPOPEYA PATRIA POR DEMÁS CANDENTE.

LIBERTAD DE PENSAMIENTO ES TU BANDERA
 Y EN EL PALO MAYOR ES TU ESTANDARTE,
 PUES LA SANGRE DERRAMADA AL IZARTE
 FECUNDARON AL MONTE Y LA PRADERA.

COMBA TU VELA HACIA EL PROGRESO
 RECIBE LOS VIENTOS QUE TE SON PROPICIOS
 AVANTE EN LA MAR QUE TE CONSERVA ILESO.

MÉXICO: TU TIENES MOTORES PODEROSOS
 LOS BRAZOS DE TUS HOMBROS ESTÁN PRESTOS
 A BOGAR SIN TREGUA Y CON ARRESTOS
 QUE LA UNIÓN CRISTALIZÓ EN COLOSOS.
 LA AMISTAD TE ABRE SUS PUERTOS
 QUE CON JUSTICIA HAS GANADO, EN EL RESPETO
 A LA RAZÓN, ESTE ES TU OBJETO.
 IDEAL DE PALADÍN SON TUS ACIERTOS..
 PERO SI EL CICLÓN CON SU FUERZA DESTRUCTORA
 QUIERE ARRANCARTE DEL PUERTO QUE GANASTE,
 LA JUSTICIA SON AMARRAS Y ES EL LASTRE
 Y EL DERECHO ES TU ANCLA SALVADORA.

MÉXICO, TU FE, EJEMPLO Y GALLARDÍA
 VELA DE LA ESCUADRA PANAMERICANA,
 Y ANCLA DE JUSTICIA QUE TE ACLAMA
 EN TODO EL MUNDO, EN DONDE TU ERES GUÍA.

MÉXICO; DE PIEL BRONCEADA POR TONATIU
 Y BAÑADO POR LA MAR TIBIA Y SALADA,

PATRIA; HOGAR Y MADRE CONSAGRADA.
 MÉXICO, ADELANTE. VELA Y ANCLA ERES TÚ
 -----00000-----



ASOCIACION
 MEXICANA
 DE HIDRAULICA

La Asociación Mexicana de Hidráulica, A.C.
 se complace en invitar a usted al:

VI CONGRESO NACIONAL DE HIDRAULICA

que se celebrará en Mérida, Yuc., del 15 al 19
 de Noviembre próximo.

El tema de este congreso es:

"PERSPECTIVAS DE LA HIDRAULICA EN MEXICO"

Las fechas límites, fijadas por el Comité Or-
 ganizador son:

15 de abril para recepción de resúmenes
 17 de septiembre para recepción de ponencias

Para mayor información, diríjase al Comité
 Organizador

VI Congreso Nacional de Hidráulica
 Camino a Santa Teresa Núm. 187
 Villa Olímpica
 México 22, D. F.

VI CONGRESO NACIONAL DE HIDRAULICA

Mérida, Yuc.

15-19 Nov. 80

ANECDOTAS.

El amigo Melgarejo estaba desesperado en el intento de comunicarse a Larga Distancia por Teléfono. Después de numerosas llamadas le contestó una voz soñolienta de mujer:

- Bueeeeno?.
- Quien es?... Cuca la Telefonista?
- No.. Eees Cúcara, macara, titere fué.

-----00000-----

El Cabo Rojas Totin tuvo que ayudar al Contra Bigotes a subir la escala, pues así venía de pasado. Ya a salvo en cubierta con lengua estropajosa contaba sus aventuras e insistía una y otra vez en prender su puro sin resultado.

El Cabo sacó su encendedor y lo aplicó con paciencia al puro, y éste empezó a fundirse como si fuera de manteca;

- Como quiere encender éso, que más parece supositorio, que puro.
- No me digas!.-y El contra examinó con mirada perdida lo que se quitó de la boca, y exclamó sorprendido:- Entonces que hice con el puro?.

-----00000-----

En la cámara de oficiales de la Escuela se platicaba con vehemencia sobre la posibilidad de aparecidos, endriagos y fantasmas, que según se decía asustaban a los vigilantes de puestos apartados, oscuros y silenciosos entre las 12 y las 4 de la mañana.

- Pues que no se me aparezca un fantasmita, por que le descerrajo un tiro por las patas.- Amenazó el Teniente Hurtado.
- Así que te consideras inasustable?.- Comentó el Capi López de Nava, tar
- Pues claro.. Después de las aventuras pasadas en la Revolución no me va asustar un bulto envuelto en sábana.
- Con que no?.. eh?.
- De ninguna manera.
- Cuanto te apuestas a que antes de 24 horas un aparecido del otro mundo te haga zurrar de miedo.
- Un año de sueldo!.
- Que sea una quincena.
- Como tu digas.

Ante testigos firmaron sus vales por la próxima quincena y el Teniente Hurtado se alejó canturreando, como si ya tuviera la bolsa quincenal de su amigo y superior.

Unido el grupo entró en acción. Contrataron los servicios de un camionero de Pescadería que aceptó "atropellar" al Capi, en la esquina de la Escuela. El Médico de la Escuela aceptó revisar el cadáver y certificar la defunción. Se apalabró el alquiler de un ataúd y cuando todo estuvo listo, a la hora en que se retiraban los oficiales después de la lista de comedor, el Capi Nava tranquilamente salió por la guardia leyendo absorto un libro. Al llegar a la esquina, la lectura era tan interesante que bajo la acera sin cuidarse de un camión pescadero que venía persiguiendo al diablo.

Se oyó el tremendo chirriar de los frenos, un golpe sordo, juramentos e imprecaciones que hicieron salir a la guardia y presenciar el accidente. El Capi Nava yacía en el pavimento entre un charco de sangre. Había fallecido.

Se instaló la cámara mortuoria en la Sala de Oficiales. El catafalco aparecía cubierto de flores y se iniciaron las guardias. Así que cuando por la noche llegó el Teniente Hurtado, se le escurrieron las lagrimas de tristeza y se aprestó a velar el cadáver de su inolvidable jefe al que había acompañado por más de diez años.

Después de las 10 de la noche se fueron ahuyentando los asistentes y a las 12, sólo quedaba el Teniente Hurtado, mientras se relevaba la guardia. Sonaron lúgubrememente las cuatro campanadas dobles, ansiosamente espaciadas, y cuando aún persistía el eco de la última, saltó la tapa del ataúd y el muerto pálido y sangrante se incorporó gritando:

-!AAAAHHHHHAAAAHHH!.

El Teniente Hurtado salió corriendo, perseguido por el fantasma del Capi Nava.

-----00000-----

LOS GUARDIAMARINAS EGRESADOS DE LA H. ESCUELA NAVAL

Y LA REBELION DELAHUERTISTA.

Ing. Albino Zertuche Carrillo.

Ex-Aspirante de 2a. de la Heróica Escuela.

El 16 de febrero de 1919, se reabrió la Heróica Escuela Naval de Veracruz, que había sido cerrada y dados de baja sus Cadetes, desde el mes de mayo de 1914, a raíz de la toma del puerto por las tropas norteamericanas y defendido heroicamente por los Cadetes de la H. Escuela Naval y un puñado de civiles, la mayoría de ellos muertos en la batalla del 21 de abril de ese año.

Veintinueve jóvenes, tres de ellos provenientes de la propia Escuela Naval y que se contaron entre los que la habían defendido en abril de 1914, encabezaban la lista de los nuevos Cadetes: Ramón Moya, José Ríos y Juan Castañón. El resto, provenía de los buques "Yucatán" y "Bravo", donde habían efectuado algunos estudios y llevado a cabo prácticas marineras como Aspirantes a Cadetes, entre los años de 1916, 1917 y 1918. Esos veintinueve Cadetes, de diferentes procedencias civiles y distintas fechas de entrada a la Armada de México, fueron el pie veterano de la nueva Heróica Escuela Naval Militar. Según habían sido sus antigüedades de entrada, fueron asignados a diferentes años de la carrera, hasta completar su educación naval. Así, Ramón Moya, José Ríos y Juan Castañón, formaron el cuarto año; Omaña, Saucedo, Galván y algún otro, formaron el tercer año; Zermeño, Vázquez del Mercado, Chapital y Quesnel formaron el segundo año y el resto, todos de procedencia civil, formamos el pie veterano del primer año. Formaban parte de esa antigüedad, entre otros: Antonio Fernández Cantero, Luis Mateos Góngora, Manuel L. Solórzano, José Nájjar, Cuauhtémoc Pérez, Enrique Díaz Carrasco, José Morán, Eduardo Abaroa, José A. Ramón, Heriberto Vega, Darío Meixueiro y Gonzálo Montalvo, el último de la lista, con el número veintinueve.

El 17 de febrero, o sea un día después de la inauguración de la H. Escuela, el autor de este relato se hizo presente en ella a las ocho en punto

de la mañana, provisto de la comunicación oficial del Departamento de Marina de la Secretaría de Guerra y Marina en la cual se le nombraba Cadete de la H. Escuela Naval Militar de Veracruz. Ese día, precisamente, dieron principio los estudios navales.

Entre ese día y el 31 de agosto de 1923, el grupo que había ingresado al primer año en 1919, hizo todos los estudios de la carrera. Unos, optaron por ser Oficiales de Cubierta y otros por ser Oficiales de Máquinas. En el camino, uno se quedó tendido para siempre; Rafael Carranza y otros se quedaron a la zaga de los demás, bien por deficiencia en alguna de las materias de estudio o bien porque salieron a la Infantería de Marina, al concluir el tercer año de la Carrera. Los Cadetes que llegaron a Guardiamarinas el 31 de agosto de 1923, fueron: Antonio Fernández Cantero; Luis Mateos Góngora; Octavio Morales; Eduardo Abaroa; Enrique Díaz Carrasco; Heriberto Vega; José A. Ramón; Rodolfo Camacho; José Morán; Antonio Arvide y Arvide; Luis G. Esperón; José Nájjar, Joaquín Carranza, Manuel L. Solórzano, Darío Meixueiro, Juan Charles C., y Albino Zertuche Carrillo.

Toda esa antigüedad fue, en términos generales, muy brillante. La mayoría de sus componentes fueron Clases en la Escuela, así: Luis Mateos y Albino Zertuche fueron Aspirantes de 2a. (Sargentos Primeros de Cadetes), Enrique Díaz, Joaquín Carranza, Antonio Fernández Cantero y Octavio Morales, Aspirantes de 3a. (Sargentos Segundos de Cadetes) y Cabos de Cadetes, el resto, a excepción de dos o tres. Muchos años después de 1924, año crucial para toda esa antigüedad, en la Heróica Escuela Naval se recordaba a aquellos Cadetes, como paradigma de caballerosidad, respetuosos con los superiores y disciplinados conscientemente, además de ser de magnífico comportamiento militar y civil. Ninguno de los integrantes de la antigüedad que se han mencionado, fue degradado, sujeto a proceso o prisión o dado de baja, siendo Cadete, por indigno comportamiento. Todos ellos, a través de la vida han honrado profundamente a la Heróica Escuela y la han amado con todo su corazón. Todos, sin excepción, salieron perfectamente preparados intelectual y

moralmente para ser muy buenos Oficiales y después -- Jefes de la Armada de México y en la vaina de su espada, parafraseando a Napoleón, llevaban la espada de Almirantes. Su competencia la demostraron en la vida civil, bien como Ingenieros Civiles o Mecánicos Navales, bien como Maestros Universitarios, o bien como Capitanes de los grandes buques de Petróleos Mexicanos o de otras empresas privadas. Alguno de ellos fue funcionario del gobierno federal, por más de treinta años. La fama con que salieron de la Heroica Escuela Naval, la mantuvieron y mantienen aún sin empequeñecer en lo más mínimo.

Díaz, Mateos, Zertuche, Abaroa, Meixuciro y Arvide se dedicaron por años a la Ingeniería Civil pues los primeros salieron de la Escuela Naval con el título de Ingenieros Geógrafos y el último con el de Ingeniero Mecánico Naval.

Ocho compañeros cuyo recuerdo perdurará por siempre entre nosotros, ya rindieron la jornada: Mateos, Solórzano, Nájjar, Fernández, Abaroa, Vega, Morán y Morales. Descansen en paz.

Es el primero de septiembre de 1923.

En el Teatro Principal de Veracruz, hoy Carrillo Puerto (o Clavijero) y siendo el autor de este relato Ayudante de la Reina de la Armada, Clarita Coss, nos fueron entregadas por el Jefe del Departamento de Marina de la Secretaría de Guerra y Marina, Comodoro José de la Llave, nuestros Despachos de Aspirantes de Primera (hoy Guardiamarinas) y nuestras espadas reglamentarias.

Los primeros, como Oficiales Facultativos de la Armada y las segundas, como símbolo de mando. La ceremonia en que se llevó a cabo ese acto fue brillante y emotiva. Presidían el estrado el mencionado Comodoro, el General de División, Director de la H. Escuela Naval Militar, Gabriel Carvallo; el Subdirector de la misma, el inolvidable Comandante don Rafael Carreón, Capitán de Navío, el Comandante del Apostadero Naval (hoy zona naval) y su Estado Mayor y el General en Jefe de las Operaciones Militares en el Estado de Veracruz. En el palco de honor lucía su belle-

za la Reina de la Armada, Clarita Coss, acompañada de sus Princesas y Edecanes. La concurrencia llenaba de bote en bote el teatro y amenizaba el acto, la Banda de Música del Apostadero. Completaban la concurrencia muchos familiares de los flamantes oficiales que habían llegado al final de sus estudios.

A principios de septiembre fuimos siendo asignados a los distintos buques; a Mateos, Solórzano y Morales, los comisionaron en la Corbeta "Zaragoza". A Esperón, Arvide y Arvide, Morán y Nájjar, al Cañonero "Bravo", si mal no recuerdo y a Díaz, Fernández, Carranza, Abaroa y al autor del relato, al Cañonero, de inolvidable recuerdo "Agua Prieta". -- También a ese barco fue comisionado Juan Charles Cadenas, No recuerdo a que buques fueron: Vega, Ramón y Camacho, pero lo más seguro es que los buques a los que fueron enviados fueron los pequeños guardacostas, llamados "Trawlerls" que el Gobierno había adquirido en 1922 en Canadá.

Fondeados en la bahía de Veracruz, la mayor parte del tiempo, a excepción hecha del Cañonero "Bravo", que fue enviado a reparación a Nueva Orleans, pasaron los meses de septiembre, octubre, noviembre y los días 2 y 3 de diciembre, día en que estalló la malhadada rebelión delahuertista.

En noviembre, la superioridad decidió cambiar las calderas del "Agua Prieta" y ajustar sus piezas de artillería. Con tal motivo, fuimos atracados al muelle norte del puerto y allí, estuvimos privados de los cañones y de las calderas, en espera de las nuevas. En esas condiciones, la oficialidad fue autorizada a vivir en tierra y llegar al buque todos los días a las ocho de la mañana y cubrir en él, los turnos de guardia de puerto que nos correspondieran. Los Oficiales Díaz, Meixuciro, Abaroa, Carranza y el autor, alquilamos una casa amueblada en la calle Constitución, cerca

na a la zona aduanera y de muelles y allí vivimos todo ese mes y principios de diciembre, mes de nefasta memoria para toda la antigüedad.

En efecto, para nuestra desventura, el 3 de diciembre en la noche estalló la rebelión encabezada por el señor Adolfo de la Huerta y el ambicioso General que ya había traicionado a Carranza en 1920, a pesar de que a éste le debía su encumbramiento al Generalato, Guadalupe Sánchez, a la sazón Jefe de las Operaciones Militares en el Estado de Veracruz. A esa revuelta o sedición a la que Alonso Capetillo denominó acertadamente en un libro -- "La rebelión sin cabeza" se unieron de inmediato el Comandante del Apostadero Naval y los Comandantes y Segundos Comandantes de los buques que formaban la Flotilla del Golfo, con base en Veracruz, exceptuando al Cañonero "Bravo" que como ya se ha dicho, estaba en reparación en el puerto de Nueva Orleans E.U.A. El Comandante del Cañonero "Agua Prieta", Capitán de Fragata Ambrosio Illades, no aceptó unirse a la rebelión cuando en esa noche, el Comandante del Apostadero Naval, los convocó a una Junta y en ella invitó a todos los Jefes de los buques, a secundarlo. Fue preso y al día siguiente conducido al Fuerte de Santiago, de donde lo libertaron pocos días después de comenzado el movimiento rebelde, al aceptar el Comandante Illades unirse al movimiento delahuertista. Continuemos con el relato.

El día 2 de diciembre en la noche, a eso de las 9.00 horas, nos dimos cuenta los Aspirantes que vivíamos en tierra, de que había muchas patrullas de caballería en las calles del puerto y alguno de nosotros observó cuando algún militar, abría a fuerza las puertas del Banco Veracruzano.

Reunidos todos los compañeros en la casa, nos sentamos a cenar y como era natural, principiaron los comentarios sobre lo que estaba sucediendo en las calles del puerto, pero muy ajenos a que se habían sublevado el Gral. Sánchez y los Comandantes de los barcos de guerra. Como dato curioso, el autor se acuerda que Enrique Díaz, en un momento dado dijo "si hay revolución, yo me planto el aguila de General en

la gorra" y Abaroa le contestó: "yo te acompaño como Jefe de tu Estado Mayor", Como ese, otros comentarios se hicieron sobre una posible revolución y de allí no pasó la cosa. Nos fuimos todos a dormir y a las tres de la mañana, fuertes toques en la puerta nos despertaron. Al abrirla, encontramos a un marinero del "Agua Prieta", quien cuadrándose nos dijo: "El señor Comandante Illades me ordenó dijera a ustedes que los espera de inmediato en el barco. "Nos vestimos rápidamente y todos en grupo, nos dirigimos a nuestro buque. Y llegando a él, el Aspirante Antonio Fernández Cantero quien estaba de guardia, al pie de la escala nos recibió y condujo a la cámara del Comandante, alumbrándonos con una lámpara de petróleo, pues el barco carecía de luz, ya que no funcionaban sus dínamos. Allí, perfectamente uniformado y enhies-to como siempre andaba, estaba el Comandante Ambrosio Illades, quien después de saludar a cada uno, nos dijo, palabra más o palabra menos: "señores Oficiales: hace unas cuantas horas el señor Adolfo de la Huerta, el General Guadalupe Sánchez, el Comandante del Arsenal Nacional y todos los Comandantes de los buques de la Flotilla, han desconocido al gobierno del General Obregón y se han rebelado contra él. A mí me invitaron a secundarlos y me opuse. Como contestación se me dijo que una compañía de Infantería de Marina vendría a tomar a sangre y fuego nuestro barco. Recordé que en él solamente están el Aspirante Fernández y los marineros de guardia y aceptar la toma del buque significaría el sacrificio de todos ellos. Les pedí, dado que ustedes viven en tierra, me permitieran llamarlos, explicarles la situación y que fueran los que resolvieran lo que debía de hacerse. Les pedía para ello, un plazo hasta las ocho de la mañana de hoy. Me lo concedieron, así es que ustedes decidan que hacer. Yo sí les digo que si este buque estuviera en condiciones de navegar, artillado y municionado, hiciéramos por la salida de Veracruz a sangre y fuego. Pero desafortunadamente no es así la situación, sino todo lo contrario. Estamos sin calderas, sin artillería y sin municiones. Pueden retirarse. Piénsenlo y decidan lo que para ustedes sea lo conveniente. Aquí los espero a las 7.30 de la mañana. Abandonamos el buque y salimos al muelle y allí, tomando café comprado en un pues

to mañanero, nos pusimos a deliberar.

Se hizo presente el Teniente de Navío Luis R. Nava, Segundo Comandante del barco y quien había sido Oficial de Brigada en nuestra Escuela, cuando fuimos Cadetes. Nos hizo ver algunos hechos: que ninguna revolución había fracasado en México; que la rebelión delahuertista estaba respaldada por la mayoría del Ejército; que los compañeros que estaban de servicio en el "Zaragoza" (el pequeño guardagostas) ya habían reconocido al movimiento y que de no hacerlo nosotros, tendría que llegar el momento de combatir unos contra otros; que los cañones de San Juan de Ulúa y del "Zaragoza" estaban apuntados hacia nuestro buque y no me acuerdo que otras cosas más nos espetó. Naturalmente que en el ánimo de todos hicieron mella las palabras del Teniente Nava y para terminar de decidirnos, como a las 6.30 horas se hicieron presentes los compañeros Luis Mateos Góngora y Manuel L. Solórzano, dos de los mas queridos amigos que tuvo la antigüedad y con sus argumentos éstos de carácter moral y sentimental principalmente, terminaron de convencernos de que debíamos irnos a la rebelión. Así es que, por espíritu de cuerpo, por disciplina hacia los Jefes, por no pelear contra nuestros propios compañeros quienes eran y son nuestros hermanos después de haber convivido cinco años, día tras día en la Heroica Escuela Naval y nuestra inexperiencia política, hicieron que nos uniéramos a esa descafezada rebelión.

A las 7.30 horas nos hicimos presentes ante el Comandante Illades y le dimos a conocer nuestra resolución. No hizo más comentario que: "Está bien. Ustedes saben lo que hacen y han hecho sus compañeros. Pueden retirarse a esperar órdenes". Por banderas pidió una lancha al Arsenal Nacional que era donde se encontraba la Oficina del Jefe del Apostadero Naval, que para esa hora ya lo era el Capitán de Navío Hiram Toledo. A las ocho horas en punto nos embarcamos y minutos después estábamos en el Arsenal. Por precaución, más que por cortesía, había dos filas de marineros armados desde la entrada al recinto militar hasta la escalera que daba acceso a la Oficina del Comandante Toledo, y eso, naturalmente, nos chocó.

Parecía que entrábamos presos y no libres al Arsenal.

Ya en presencia del Comandante Toledo, el Teniente Nava, quien a esas horas ya era Teniente Mayor (hoy Capitán de Corbeta) y nombrado Comandante del "Agua Prieta", hizo la presentación de cada uno de nosotros y le expresó nuestra conformidad en unirnos a la rebelión. El Comandante Toledo contestó con todo un "speech", lleno de palabras ampulosas y rimobantes, hablando de la Patria, la Revolución, de la Armada y de quien sabe cuantas cosas más. Desde entonces, me suenan falsas las palabras "Revolución" y "lealtad". Terminó Toledo felicitándonos por nuestra resolución de reconocer el movimiento de sublevación, siguiendo el ejemplo de todos los Jefes y Oficiales de Flotilla del Golfo que ya lo habían reconocido. ¡Ah que huecas e hipócritas ofimos, el "guero" Fernández y yo, toda la catarata de palabras que nos dirigió Toledo y me acuerdo muy bien que Fernández quien se encontraba a mi lado, con frecuencia me tocaba con el codo mi costado, como diciendo: que serie de tonterías y mentiras está diciendo este Comandante. Salimos de allí, ya sublevados sin saber en que iba a parar la aventura que emprendíamos. Eramos rebeldes sí, pero nos importaban un bledo, De la Huerta, Guadalupe Sánchez, Toledo y demás Jefes del Ejército y Armada que iban buscando ascensos e influencias políticas. Nosostros, los Oficiales subalternos no íbamos a ganar nada, de triunfar la revuelta. Uno o dos grados más y ninguna otra cosa. Seguiríamos de "guardieros" y si bien nos iba, alguno de nosotros pasaría al Estado Mayor Presidencial por un cierto tiempo. Pero nada mas. Hechas estas breves consideraciones, continuaremos con nuestro relato.

El que el Comandante Illades no reconociera desde un principio al movimiento rebelde, malquistó a todos los Oficiales y tripulantes del "Agua Prieta" con los Jefes superiores de la Flotilla y la mejor prueba de ello fue que cambiaron de inmediato al Comandante, nombraron como Segundo Comandante al Teniente Maximiliano Remes y procedieron con toda prontitud a instalar en el barco las nuevas calderas y le volvieron a colocar sus cañones, debidamente municionados. Una vez que las calderas fueron probadas,

olvidado de mí. Evidentemente era un hombre que sabía respetar el silencio. Cuando le dí las gracias, movió la cabeza sin despegar los ojos del libro y cambió de asiento. Después levantó la cabeza nerviosamente, escuchó con atención y corrió hacia la máquina exclamando:

—¡Ese maldito muñón ha vuelto a calentarse!

Lo dejé dando órdenes al Oficial de Guardia en Máquinas.

CAPITULO XI

LAS RECLUSAS AL NATURAL

La camareta donde se había alojado a las presas estaba a popa de la máquina en la cubierta inferior. Un marinero armado se encontraba a la entrada del pasillo.

—¿Qué tal?—Le pregunté.

—Sin novedad, mi Segundo. — Se pelean a gritos y se dicen barbaridad y media. Después se duermen. Seguramente le zumban a alguna, porque se oyen lloriqueos y lamentaciones. Hay una que pide chillando hablar con un Oficial.

—¿Tienes la llave?

—No. Está en el puente.

Mandé por ella y la trajo el Contramaestre de Guardia. Tocabas la puerta y nos contestaron con un griterío. Después entramos. Se encontraban amontonadas en las literas y en el piso. En la litera superior cuatro mujeres jugaban a las cartas. Abajo dos se peinaban y otras tejían. En las literas de los lados, algunas se entretenían en espulgar o limpiarse las uñas. El resto dormitaba en el piso.

—Me dicen que alguien quería hablar con un Oficial.

—Yo, señor capitán. Se incorporó una mujer gruesa, de mejillas rojas como manzanas.

—¿Y qué necesita?

—Bueno... yo nada... Sólo quería ver si me permitían visitar a la compañera que bajaron los soldados.

—¡No está permitido!

—¡Vaya con la latosa!—gritó una sacándole la lengua.

—Tanto amor... por una perdida.—dijo otra.

—¿Y tú adónde te quedas?—Contestó la que pedía permiso.

Como era inútil intentar callarlas, me volví y salí.

—Por favor... Suplicó la mujer tomándome del brazo. Dígame cómo se encuentra.

—No lo sé, — Le dije.— Pero creo que mejora.

—¡La pobre!—Con lo que ha sufrido y luego le ha tocado eso.

El Contramaestre iba a cerrar la puerta. Le hice una seña y dejó salir a la mujer al pasillo.

—Veré si le puedo conseguir un permiso para que la visite en la enfermería.—Le dije.

La mujer se limpió las manos en el sucio delantal, y bajó la cabeza. Me pareció que lloraba.

—¿Son parientes?

—Oh... ¡No! Sólo amigas... pero es tan callada, tan sufrida, y estas fieras... la maltrataban tanto que me dió lástima y tuve que defenderla.

—¡No me diga!

—Usted ha de creer que porque mató a su marido es una desalmada... ¡pues no lo es!

—Bueno, cálmese, nosotros no podemos arreglar nada.

—Dígale que yo tengo sus cosas y que las cuido muy bien.

—Se lo diré.

El Contramaestre abrió la puerta y la mujer entró. La recibieron con burlas y majaderías, después se oyó un grito y luego el rumor de que todo estaba en calma. Seguramente la mujerona le había dado a alguna una buena sacudida de las greñas, para hacerla entrar en razón.

Subí a cubierta a respirar aire puro; porque como había dicho el Cabo, el olor de aquel grupo de mujeres era una mezcla de orín, sudor y perfume barato, tan acre y penetrante que parecía adherirse a las mucosas de la nariz y garganta. Parecía que el olor las identificaba, y al percibirlo me pareció volver a verlas, semidesnudas, sudando, peleando, jugando, tejiendo y espulgándose. Completamente indiferentes para todo lo que no las rozaba, absortas consigo mismas, como si oyeran la voz interior de sus entrañas vacías. Este indefinible abandono las hacía impúdicas sin peligro, entre puras mujeres. Pocos eran los que se habían asomado al interior de una celda flotante llena de reclusas; y el espectáculo resultaba sucio.

CAPITULO XII

SOLDADOS Y SOLDADERAS

En popa los soldados de transporte se entretenían al igual que los presos, con las cartas, la observación indiferente del horizonte, o el pesado sueño del marco. El juego preferido de los soldados son los albures. La excitación es similar. El que pone el monte saca las cartas con la rapidez que le permite su propia viveza, porque si sale su carta y no la ve, los demás caían; pero si sale la contraria, paran el juego y exigen el pago de la apuesta. Hay,

como en todos los juegos, la posibilidad de pasar dos cartas y hacer trampas; pero entre soldados es peligroso porque tarde o temprano puede pagarse la trampa con una peligrosa cuchillada. El que manejaba el monte, sudando y con la gorra sobre la nuca, estaba sentado en cuclillas echando las cartas formadas de dos en dos, en el hueco que le quedaba entre las piernas. Al ganar recogía la carta perdedora y el dinero, y ponía la siguiente, que enseguida se llenaba de billetes y monedas. Si perdía, pagaba la apuesta y volvía a cambiar la figura.

—¡Con calma!—Dijo uno que había ganado.—¡Ese billete lleva tripa!

El del monte desdobló un billete de a peso y encontró otro escondido de a diez.

—La tripa no vale.—dijo colérico.

—¿Y por qué no?—¿Acaso no la recoges si ganas?.

—¡Sí!, pero no la veo, y puedo volver a pagar con el billete doblado.

—¡No me digas! ¿eh?... ¡Paga!

El del monte miró con ojos retadores al que demandaba el pago de la apuesta, y como adivinaba en él a un tipo decidido, se encogió de hombros y pagó, murmurando:

—¡Es igual!—¡Una de cal por las que van de arena!

Dejó las cartas sobre cubierta y revisó todos los billetes doblados o en bola que tenía entre las piernas. Para su sorpresa encontró varios de a cinco, y hasta uno de a veinte. Esto lo hizo sonreír. Se sonó la nariz con los dedos y volvió a tomar el mazo de cartas.

—A eso le tiran y la apuesta es libre, hasta que se acabe.

—¿Con todo y tripa?

—Con lo que les dé su gana — e intercalo un juramento.

La rueda se hacía grande, y el que no cabía sentado o de rodillas, se inclinaba de puntas sobre los demás, y arrojaban sus apuestas por encima de las cabezas.

—¡Ora, no me entierre los codos! —protestaba alguno de abajo.

—¡Pos haga un campo!

—¿Y dónde quiere meterse! No ve que si la rueda se hace grande, no se "lican" las cartas.— Y al decirlo sacudió la espalda.

Y como el otro volviera a apoyarse, para ver el juego, le dijo amenazador:

—¡Le digo que no se me recargue! ¿Oh qué quiere?

Viendo que la cosa iba en serio, aquél se separó. Con los billetes doblados en una mano, dió la vuelta y se inclinó sobre otro soldado sin apoyarse, porque tampoco era para meterse en pleitos por unos albuces.

En el extremo de popa las mujeres de la

tropa, sentadas en rueda, alrededor de una gruesa matrona, rezaban en voz baja el rosario.

—¿Qué les pasa? — pregunté a un Sargento.

—Rezan por la mujer del soldado, que llevaron a la Enfermería.

—¿Por qué, les han avisado algo?

—No, pero la vieron tan débil, que es seguro que "se la cargue el pintor"... estas cosas las adivinan y casi nunca se equivocan. He visto varios casos.

Las mujeres rezaban con devoción y algunas silenciosamente se enjugaban los ojos. Recordaban a la compañera de penalidades, viajes, y campañas. La veían trajinando desde el amanecer para prepararle el almuerzo a su "juan" después de la diana, dar el desayuno a dos chiquillos y mandarlos, limpiecitos, a la escuela del Batallón. Moler el maíz, echar las gordas, lavar los uniformes, almidonarlos, echarle un ojo a la olla de frijoles que borbotea ruidosamente al fuego. Si todo marcha bien, darse una escapada al mercado con algunos centavos bien apretados en la mano, y ver si en alguna carnicería hay un trozo barato de carne con hueso, unos chiles y algún tomate para la salsa. Volver corriendo para hacer un guisadito y la salsa amartajarla. Los chicos ya esperan comiendo taco tras taco de sal, correteando y revolcándose por el suelo, sin pensar que en cada pantalón que se lava, la madre va dejando un pedacito de sus pulmones. Lo peor es cuando su juan llega de mal humor. El regaño de Cabos, Sargentos y Oficiales lo ha de desquitar con "la vieja". La mano pesada le voltea la cara de un bofetón y la vieja humilde se come las lágrimas y le sirve el trozo de carne que ha tenido que esconder, para que los escuincles no lo devoren. El soldado se duerme o si tiene servicio vuelve al cuartel. El más grande de los hijos trae dos cubetas de agua para lavar los trastes, y la madre le acaricia el pelo tiernamente, deseando que fuera niña para que le ayudara con la pesada carga. La tarde pasa volando y hay que terminar lo que se inició en la mañana. Al anochecer el uniforme de caqui colgado del techo relumbra reflejando en el almidón la luz de petróleo, y en el anafre espera bien caliente la olla de café negro, medio pintado de blanco con un cuarto de litro de leche. Café con bolillos, un plato de caldo de frijoles y a dormir. En un rincón los niños roncan y ya queda la mesa limpia, la ropa planchada y guardada, doña juana se tiende al lado de su hombre y todo el cansancio acumulado durante el día evoluciona en ardiente pasión. El huracán momentáneo la sacude en violentos suspiros. Queda lacia, des-

madejada, pero satisfecha y feliz. Después descende caritativo el sueño profundo, y por un milagro de recuperación, la mujer se levantaba con el alba, acompañando con sus canturreos el trino de los pájaros.

El Capitán me observaba sonriente recargado sobre la barandilla. Al acercarse los soldados habían suspendido el juego y lo saludaron en posición de firmes. Con una seña los autorizó a continuar y después, galantemente saludó de mano a las soldaderas.

—¿Qué tal, doña Pancha, contenta con el viaje?

—Pos, sí, mi Capitán.

—¿Les falta algo?

—No, gracias.

—Y usted Lupita, cómo se ha sentido?

—Pues bien, mi Capitán. Mareada pero contenta.

Se despidió y las mujeres continuaron rezando el rosario.

—Es extraordinario. — le dije al Capitán. —Cómo estas mujeres eligen la vida de nómadas para seguir a su hombre.

El Capitán se rió alegremente.

—Es una mezcla de hambre, amor, respeto y deseo de aventura.

—A ver... a ver... barájemela más despacio. — le pedí.

—Me parece claro. Los soldados eligen a sus mujeres entre las muchachas del pueblo, principalmente hijas de campesinos, con un nivel muy bajo de subsistencia. El sueldo diario es mayor que el que manejan en casa a la semana, y ésto les parece atractivo. Por otra parte ven en la alianza con los soldados una manera de escapar del rancho y de conocer aquella parte del mundo que se extiende más allá de las montañas que limitan su propio pueblo. Esto les atrae con mayor fuerza que un destino de sirvienta en la ciudad, o que la vida de labradoras en una ranchería, con el eterno panorama de hambre y necesidades. Así es que se deciden por la aventura al lado de un soldado, el cual con su fusil y sus cartucheras simboliza para ellas el principio de autoridad. En cuanto se enrolan en esta vida, no es fácil ya que la abandonen. Y usted sabe, en nuestras mujeres el amor y el sacrificio sólo tienen sentido cuando se asocian a la maternidad. Todo lo aguantan por estos mocosos desarrapados y sucios, en los que fincan las más enternecedoras ilusiones. Los sueñan convertidos en médicos, ingenieros o generales, y por mi parte estaría dispuesto a apostar cien contra uno a que cualquiera de estas valientes mujeres, convertirían a sus hijos en hombres de provecho.

Que ésto era así, no cabía la menor duda, pues si tenían la decisión de embarazarse a un

lado del cuartel, y marchaban arrastrando de la mano a sus pequeños al lado de su juan de campaña en campaña, y de guarnición en guarnición, cuanto más fácil les resultaría dirigir a fuerza de palos y baquetazos, a los chicos de edad escolar para que los enseñaran a leer.

—Lo curioso. — Continuó el Capitán. — Es que cuando estas mujeres consideran que los hijos deben asentarse en algún lugar para estudiar, obligan al juan a separarse del ejército, y si no lo logran lo abandonan y se establecen como fonderas, lavanderas o planchadoras, para que los hijos puedan estudiar o las hijas casarse. De su juan después ni se acuerdan. Le sacaron cuanto fué posible: tres o cuatro chiquillos desnutridos pero con la semilla genial de esta raza de bronce, que ha sabido sacudirse todos los yugos.

Estuve a punto de aplaudir estas palabras del Capitán; pero como continué mirándolo, un tanto burlonamente, se rascó la cabeza y me dijo:

—No se burle... si an tuviera Ud. por estos trotes, con su soldadera al lado, comprendería que una mujer decidida y valiente es el mejor don que la vida pueda ofrecerle.

—No me burlo. — le contesté riendo. — Aunque usted no lo crea yo también he tenido si no mi soldadera, si mi cariñosa, y reconozco que en efecto, son un regalo del cielo... sobre todo al llegar a puerto; pero después creo que se convierten en representantes del mismísimo demonio... ¿O no?

Pero ya el Capitán se había acercado a la rueda de soldaderas, las cuales al terminar el rosario habían conseguido en la cocina una olla con café hirviendo. Le ofrecieron a su Jefe una taza, y el Capitán sentado sobre una bita, lo paladeó ruidosamente, para demostrar que era de su gusto.

CAPITULO XIII

NUESTRO MEDICO.

En la enfermería el doctor estaba muy atareado. Les había puesto suero y transfusiones a las dos mujeres, la presa herida y la soldadera con hemorragia. Su bata blanca se veía muy manchada, y pese al movimiento del buque se había dado maña para operar de urgencia a la mujer del soldado.

—Le hice una raspa y un taponamiento; pero todo parece inútil. La pobre agoniza. No creo que llegue a la noche.

—¿Ya lo sabía!

El Doctor me miró incrédulo.

—¿De veras?

—Sí.—Las compañeras estaban rezando el primer rosario de difuntos. Sin duda conocían el estado desesperado de la enferma.

—Es posible.—Pero con medios hubiéramos podido salvarla.

Me descubrí, porque estas palabras, dichas en tono desesperado, me conmovieron.

—No se apene Doctor. Siempre estamos limitados por las circunstancias.

El Doctor movió la cabeza con desesperación.

—¡Claro!— ¡Pero hubiera sido tan fácil salvarla! Bastaba con que se hubiera hospitalizado en lugar de embarcarse. Pero ya ve usted, el temor de abandonar a su "Juan" la condujo a la muerte.

—¿Y los otros enfermos?—Pregunté.

—El presidiario con contusiones en el vientre tiene que guardar absoluto reposo. Los golpes en esta región lesionan el peritoneo, se endurece y al menor esfuerzo puede romperse. Con el reposo, los tejidos nuevos sustituyen a los viejos y la curación, aunque lenta, es firme. La otra mujer parece recuperarse. A base de antisépticos combatimos la infección en la herida del hombro. La costura quedó muy bien, pero le dejará una pequeña cicatriz. Lo que me preocupa es su estado nervioso. El shock fue tan fuerte que ha estado delirando.

—Tiene una amiga entre las presas, que quiere verla.—Le dije.—Se expresa muy bien de ella.

El doctor quedó pensativo.

—En su delirio ha dicho cosas terribles. ¿Podrían proporcionarme su expediente?

—No lo creo. En la relación únicamente figuran el nombre y la sentencia. Los expedientes quedan en México. Según me han dicho, mató al amante y al marido.

—Si... tal vez haya sido cierto... pero su condición parece tan humilde, tan afectuosa... que me resulta difícil creerlo.

—No creo que se puedan modificar los hechos.

—Eso no... pero se pueden entender... ¿Sabe?, hay un medio, ¡La hipnosis!

—¿La practica usted?

—No; pero existen drogas hipnóticas inofensivas que producen el mismo efecto.

—¿Y qué se ganará con ello?... ¿Curiosidad?

—No.—Contestó el Doctor con severidad.—Simplemente que él enfermo reconozca los hechos y cure de sus lesiones nerviosas. Esto lo aleja de la depresión y la locura.

—Allá usted... creo que puede intentarlo.

—Venga a presenciar el experimento, le resultará interesante.

—¿A qué horas?

—A las once de la noche. Me parece buena hora para que nadie nos moleste.

Le prometí asistir y abandoné la enfermería.

A la salida de la enfermería estaba un sargento recargado en la puerta hecho un ovillo, completamente aniquilado.

El Doctor lo sacudió de los hombros.

—¿Qué le pasa?— Le preguntó.

—¡Mi mujer! —Contestó con voz angustiada.—Las otras se han puesto a rezar y sé que morirá.

Un sollozo profundo, conmovedor, le sacudió.

—Y si me deja.—Continué... ¿Qué será de los chamacos?

¿Y de mí?

—¡Cálmese! —contestó el Doctor con un nudo en la garganta.—Todavía hay esperanza.

—Si cuando menos la pudiera ayudar. Sabes... una vez ella me devolvió la vida, y ahora... yo aquí, sin poder hacer nada. La ve uno regañando a los mocosos, limpiándolos, fregando el piso... y piensa... "Esta Lupe es de purísima ley... más fuerte que la baqueta de mi fusil... y ahí tiene... un poco de sangre y se va consumiendo... igual que se derrite un pedazo de unto en la cazuela.

El soldado se limpió las narices con su pañuelo y un poco más repuesto encaró al doctor preguntando:

—¿Dígame mi mayor, realmente hay alguna esperanza?

El médico lo miró fijamente.

—Está en las manos de Dios... hemos hecho cuanto ha sido posible.

—Bueno.—Contestó el soldado.—De eso estoy seguro; pero me duele perder a la compañera... más que si perdiera un brazo... ¡Y es que ya son doce años!

Después respirando profundamente se calmó y hasta pudo sonreír.

—No es que uno esté engreído... pero la Lupe se ha dado a querer... La ve tan charrita, tan delgadona... pues es pura fibra. Como le decía, una vez me ayudó y salimos con bien. A un lado de Perote los de Aguirre nos tendieron una emboscada. Ibamos cayendo uno a uno y cuando el Capitán vió que se acababa la Compañía le ordenó al corneta tocar retirada y ahí quedamos. Algunos con un boquete en la barriga, otros sin un brazo; porque aquellos desgraciados tiraban con bala expansiva. Yo había caído de un balazo en la pierna, y viendo que los rebeldes habían dejado a un hombre para rematar al que se moviera me había quedado tan tieso como el compadre de al lado que le habían volado un ojo y parte del cráneo. Pos de repente que veo a la Lupe jalando un chiquillo de la mano, y con el más pequeño colgado de su rebozo. Iba moviendo los muertos p'a ver si me encontraba. Cuando me tocó le carré un ojo y la señalé la

dirección donde estaba aquel "jijo" para rematarnos. La Lupe comprendió y como si no hubiera encontrado nada siguió buscando. Como la acción había sido por la tarde, no tardó en oscurecer y ella volvió trayendo a dos soldados, con los cuales pudo sacarme de aquel lugar.

—Ahora comadre, llévase a su viejo. Nosotros tenemos que apurarnos para alcanzar a la compañía.

Habían dejado dos caballos escondidos y se los llevaron. La Lupe descubrió la pierna, me la amarró y a empujones, a injurias, aquella mujercita me obligó a incorporarme y arrastrándome me llevó tras de unas peñas donde nos escondimos; me vendó como pudo, y viendo que yo no podía caminar, le "pedaleó" mas de dos leguas hasta una ranchería y ahí pudo conseguir un burro. Pues regresó en la madrugada con agua y unos tacos de frijoles, me montó en el burro y jalando a sus chiquillos y arriando al asno llegamos en la mañana a un pueblo. Ahí había una partida de guarnición y en la enfermería me sacaron la bala y me dieron por incorporado. Un mes después, ya repuesto me uní a mi compañía. La Lupe, embarazada, ahí venía jalando a sus escuincles.

El médico oía conmovido, y yo en silencio observaba atentamente al Sargento. Hablaba con sencillez, sin emoción como si comprendiera que la diferencia entre la vida y la muerte depende del soplo del viento que desvía la bala, o de la decisión de una mujer, que jalando a sus chiquillos, busca en el campo de batalla a su hombre.

—Y eso es lo que me duele —continuó el soldado— que clla tan chiquitina y menudita, me haya devuelto la vida, y yo, un hombrón que con fuerzas y brazos... y puritito corazón, la vea desangrarse poco a poco, sin poder hacer otra cosa más que rezar, y eso a pedazos, porque, pos uno, ni le hace al monje, y lo que aprendió de niño se olvidó en la revolución.

El doctor lo tomó del brazo y le dijo afectuosamente:

—¡Venga! —Le daré un calmante.

Dejó al soldado más tranquilo, acariciando la mano de su mujer.

—¿Qué le parece? me preguntó.

—¡Amor del bueno! — Le contesté en tono burlón, haciendo un esfuerzo para que no descubriera dos lágrimas impertinentes que me nublaban los ojos. —¡De puritita ley y en su estado natural! —

CAPITULO XIV

LA HORA DEL RANCHO.

El sol se ponía en una maravillosa fiesta de rojo y violeta. Hecho un gigantesco círculo de fuego descendía lentamente hacia el horizonte. El mar cabrilleando rompía en millones de destellos los rayos de luz, y se veían los encajes de espuma irisados y luminosos como chorros de diamantes. A los lados del sol grandes nubes, con la base plana y el cuerpo de formas caprichosas absorbían la luz y se tornaban luminosas en los bordes, con cierta opacidad en las zonas espesas, de tonalidades bermejas o púrpuras. Del centro del gran disco ígneo emergían radialmente haces de luz que al reflejarse en las nubes semi transparentes daban la imagen de que el astro rey se hundía majestuosamente en una aureola cegadora.

Aquel espectáculo impresionaba a todos y su grandeza, sumía en profundo silencio a quienes lo contemplaban. En el puente, el Oficial de Guardia marcaba con el taxímetro al sol en el instante de ponerse, para comprobar el desvío del compás. El Timonel sin perder de vista el rumbo de la aguja, volvía la cabeza para admirar la belleza del momento, y en proa los presidiarios tendidos en cubierta, a quienes la barrera de tablas impedía la observación del ocaso, hablaban en voz baja como si guardaran compostura ante la solemnidad con que terminaba el día.

El Contramaestre picó en la campana las seis de la tarde y de la cocina avisaron que la cena estaba lista.

Haciendo cola en la puerta de cocina se encontraban los rancheros de la marinería, y los camareros de maestranza y Oficiales. La distribución de los alimentos a bordo, es tradicional y siempre siguiendo la misma forma y compostura.

Primero se sirven las fuentes de la Comandancia para el Comandante, el Jefe de Máquinas y sus invitados. Después la Cámara de Oficiales, presidida por el Segundo. Los Camareros llevan las soperas, platonos con guisado, salceras y lecheras. Después, la Cámara de Oficiales de Mar, y la de Maestranza. Los marineros y fogoneros se agrupan para el servicio de la comida en "ranchos" de cinco hombres comandados por un Cabo. De los cinco, cada semana toca a uno de ellos encargarse del rancho. Esto incluye cuidar de las ollas, platos, pocillos y cubiertos. Ir a la cocina por los alimentos y distribuirlos. Cada marmero



RECLAMEX

Sociedad de Registro y Clasificación
Mexicana, S. A.

REGLAS Y REGLAMENTO
ESTUDIOS ESPECIALES

CASCO

ELECTRICIDAD

MAQUINARIA

ASISTENCIA TECNICA

BUQUES EN SERVICIOS

INGENIERIA OCEANICA

CONSULTORIA TECNICA

INSPECCIONES

CONVENIOS INTERNACIONALES

Tiene el alto honor de participar que el Sr. Ing. Naval José Juan Velarde Bonin, Subsecretario de Puertos y Marina Mercante de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes en Oficio No. 903 de fecha 31 de Octubre del año, 1977, nos comunica lo siguiente:

CON BASE EN LO DISPUESTO POR EL ARTICULO 99 PARRAFO SEGUNDO DE LA LEY DE NAVEGACION Y COMERCIO MARITIMO, ESTA SECRETARIA DE COMUNICACIONES Y TRANSPORTES CONCEDE AUTORIZACION A RECLAMEX, S.A. PARA QUE BAJO SU MAS ESTRICTA RESPONSABILIDAD Y A SU PROPIO NOMBRE FUNCIONE COMO CASA CLASIFICADORA CON LA DENOMINACION "SOCIEDAD DE REGISTRO y CLASIFICACION MEXICANA, S.A."

OFICINA MATRIZ

Torres Adalid 205
401.Tel. 543-8822

México 12, D F.